

## DEL BUEN USO DE LO POSMODERNO

Jean François Lyotard.

Algunas veces, Jean François Lyotard cuenta confidencialmente que lanzó la palabra "postmodernismo" un poco como una broma: quiso indicar simplemente el fin de un período del pensamiento; el período de los grandes sistemas, de los grandes "discursos de legitimación" que legislaban sobre las cosas reales, y encontró cómoda la palabra. Un libro confirmaba la operación: "La condición postmoderna". Más tarde, la expresión se ha impuesto y ha suscitado incontables debates. El postmodernismo está en trance de convertirse en la última ideología de moda. Jean-François Lyotard explica aquí lo que es conveniente pensar al respecto.

- El postmodernismo parece vivir del "look" ¿Qué piensa usted de esta "ideologización"?
- Yo no volvería a retomar el término por mi cuenta. La ideología, de la que pensamos en el sentido débil, que es la suma de las producciones de la *intelligentsia* y que puede entenderse en un sentido más fuerte, marxista, no me parece una noción susceptible de aportar grandes aclaraciones. Si se dice, por ejemplo, que el nazismo es una ideología, no se está diciendo, evidentemente, nada especial, nada que amplíe el conocimiento del fenómeno. Pero acepto y reconozco la indicación que el uso de este término sugiere. Está bien claro, en efecto -y yo he sido consciente desde el momento en que recopilé el término- que el tema de lo postmoderno se presta maravillosamente a suscitar barbaridades. Para esbozar rápidamente el decorado, yo diría que el postmodernismo que se extiende se nos presenta con dos variantes principales.

La primera sería la del cinismo o el nihilismo, naif o sutil. En esencia afirma que hemos llegado a un momento en el que el programa de la modernidad ha llegado al final de la carrera, momento en el que todo se ha experimentado o intentado: la única vía que se le ofrecería aún al artista, descubriéndose postmoderno, sería la vía de la citación o del **patch work**. Una especie de defensa e ilustración del **kitsch**, la entrada en el insignificante mundo de los signos: todo queda abolido en la ausencia de dudas de "Apocalypsis now". Como fondo, una manera sencilla o eufórica de jugar con el final de la historia.

Esta versión está -y se sabe- acreditada con primacía por los medios de la crítica de arte, ya sea americana o italiana.

La segunda variante prospera esencialmente a la sombra de las nuevas tecnologías y del consenso. El postmodernismo que propone se nos revela como un moderno aún más moderno, pero que no es indiferente, todo lo contrario, al hecho de que se arroja con el postmodernismo para poner en circulación y hacer creíble un objeto de esta naturaleza. El postmoderno así definido se resume por la voluntad de desembarazarse de las "impurezas" de lo moderno: las guerras, las revoluciones, los crímenes. En este sentido me gustaría que todo sucediera como si se utilizara el término postmoderno para borrar todo lo que la impía experiencia de lo moderno nos ha legado. Sería una forma de saltarse alegremente siglos de humo y de ruido. Del resto, habría que escoger sabiamente lo que uniría estas dos corrientes aparentemente opuestas. Si una dice: "no hay nada que hacer", si la otra proclama: "continuemos", juntas, se ponen de acuerdo para bajar el telón. En adelante, no hay problemas. Despidiendo al moderno, el postmoderno decreta la extinción de los problemas.

- Entonces ¿Por qué plantearse el término postmoderno?

- Lo hice por provocación, desviándolo de su uso para volver al mismo lugar, en el juego de este equívoco, sobre el análisis de cierta modernidad, en fin, con objeto de acusar impasses o imposibilidades. Hago referencia contra la corriente del **establishment** filosófico

alemán y, en particular, contra la postura que Habermans intenta poner al día. En efecto, no me parece postmoderno pensar como él, haciendo como si el programa moderno de una cierta **Auftragung** -aquella que no es kantiana, precisamente debería perpetuarse sin más reflexión. Desde mi posición, toda filosofía de este tipo, que retoma sin reservas los temas de la emancipación, cierra los ojos a lo esencial: el fracaso de dicho programa. Esta filosofía se da prisa por cicatrizar las heridas -heridas que no se pueden cerrar- que se han hecho al ideal moderno durante dos siglos. No es la ausencia de progreso, sino todo lo contrario, el desarrollo tecno-científico, artístico, económico y político quien ha hecho posibles las guerras totales entre el norte y el sur, el paro y la nueva pobreza, la desculturización generada con la crisis de la Escuela.

Hablando brutalmente, yo diría que un nombre firma el ideal moderno: Auschwitz.

- Sin embargo, en todos sus textos, usted defiende una vanguardia inseparable del ideal moderno.
- Las cosas aquí son más complejas. Es cierto que la vanguardia artística, al igual que la vanguardia política, participa del espíritu de maximización del ideal moderno. El radicalismo aspira a poner de nuevo a cero las agujas del reloj. La liquidación de los prejuicios, las aclaraciones que anuncia y promete, se efectúa a golpe de fusil. No es menos seguro que ese ideal, que nos ha podido parecer una loca y maravillosa esperanza, ha llegado a su fin para nosotros.
- Pero todavía es necesario entender lo que nosotros rechazamos. Liquidar la vanguardia, como piden las corrientes transvanguardistas, es, a mis ojos, una operación detestable. Pues, preguntémosnos ¿que qué nos queremos desembarazar con ellas?. Se quiere, de hecho, olvidar la salvajada de lo moderno, la inmensa violencia que ha ejercido sobre los cuerpos, las formas de sentir o de pensar. Se nos quiere hacer olvidar que hemos sido y que somos todavía modernos. Pero se apunta de otro modo con la negativa de las vanguardias: en efecto, las vanguardias son tomadas en un doble movimiento, radical y crítico.

Rechazándolas se borra con el mismo gesto su otra cara, la crítica.

Ya que los grandes artistas modernos, Duchamp o Klee, han sabido interrogar a las condiciones de posibilidad de su trabajo u obstinarse con el enigma: qué hay que destacar o qué hay que hacer con la música. Ellos han sabido, o han osado, volver lo moderno sobre ellos mismos y contra ellos mismos para ponerlo en cuestión. En breve, mi defensa de las vanguardias es, en cierta manera, doble. Desde una perspectiva "negativa": considero el abandono de toda percepción de las diferencias que resulta de su marginalidad. Desde otra "positiva": no hay que olvidar que las vanguardias, por otro lado, son fieles al programa de la crítica.

- Dicho de otro modo, cuando habla de postmodernismo ¿su propósito es acusar en la modernidad la diferencia entre su proyecto radical y su proyecto crítico?
  
- Probablemente, yo no haría mía esta formulación, pero para mí está muy claro que lo postmoderno no significa el olvido de lo moderno. Ya que, al olvidar lo moderno, se olvida a la vez el "olvido" que puede caracterizarlo, el olvido del crimen o de la guerra, y el trabajo anti-amnesia que ha podido establecerse en este sentido. Querer liquidar lo moderno haciendo economía de esta anti-amnesia me parece vano o sin sentido. Cuando hablo de postmodernismo, invito, ante todo, a no olvidar "el olvido".

(Traducción: Susana García del Blanco)

